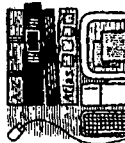


TEMAS DE DEBATE

Datos que definen el estado de la pesca mundial como de sobreexplotación generalizada: una pesquería industrial reduce la biomasa de la comunidad en un 80% en tan sólo 15 años de explotación, o los grandes peces predadores alcanzan ac-

tualmente sólo un 10% de la población que había en el periodo preindustrial. Los expertos se preguntan si está todo perdido. Hay una puerta a la esperanza. Aquí les explicamos cuál es la situación presente y las posibles alternativas para superarla.



PARA
SABER MÁS

LIBROS

"El mediterráneo: recursos y explotación"
Carles Bas
Barcelona, 2002

"Fishery sciences"
L. A. Fuiman y R. G. Werner editores
Blackwell publications
Oxford, 2002

"In a perfect ocean. The state of fisheries and ecosystems in the North Atlantic Ocean"
D. Pauly
J. MacLean
Island Press
Washington, 2003

"Cod: a biography of the fish that changed the world"
M. Kurlansky
Penguin Books
New York, 1998

"El estado mundial de la pesca y la acuicultura, 2002"
FAO
Roma, 2002

"Pescadors de Catalunya, converses amb gent de mar"
Lourdes Boix
Departament d'Agricultura i Ramaderia i Pesca
Barcelona, 2003

WEBS

www.fao.org/ri/inicio_all.asp
Organización Mundial para la Alimentación con las bases de datos de capturas y de producción por acuicultura mundial (por especies, países, océanos y áreas de pesca)

www.gemub.com
Gabinete de Economía del Mar de la Universitat de Barcelona

rollo pesquero. Citemos como ejemplos el bacalao en el Atlántico noroccidental; los pulpos en el Atlántico centrooriental; la merluza en el Atlántico centroeste; en el Pacífico centrooriental, la sardina y el boquerón; en el Pacífico centroeste, la anchoveta, etcétera. Paralelamente, las grandes áreas oceánicas, Pacífico central, Índico, así como grandes áreas del Atlántico, son ricas en diferentes especies de atunes, y aun en algunos lugares abundan ciertas especies de calamares.

El mayor problema con que nos enfrentamos cuando se trata de regular la explotación del medio marino es la posibilidad de estimar lo que conocemos como capacidad de carga del ecosistema, entendiendo como tal el contexto en que se sitúa el recurso o los recursos explotables en una zona concreta. La capacidad de carga expresada de forma sencilla es la capacidad del medio ambiente para soportar la biomasa, conjunto de seres que allí viven, entre los que se encuentran aquellos objeto de explotación pesquera. Es, por decirlo de alguna manera, el límite superior de la abundancia. La capacidad extractiva nunca podrá ser superior. Si esto sucediera, el camino final es la destrucción del sistema y el colapso de la pesquería. No obstante, lo más importante es que esta capacidad de carga puede variar y, por tanto, la pesca máxima también.

El segundo aspecto básico es la densodependencia inversa. Cuando la población descende más allá de un determinado valor, el deterioro es irreparable; aunque se tomen medidas restrictivas adecuadas, la población sigue degradándose. Sólo un cambio, siempre de las estrategias naturales, de la capacidad de carga, puede permitir una posible recuperación del recurso pesquero. El juego yuxtapuesto de circunstancias negativas y de la fuerte presión pesquera, factor humano, conduce de forma casi inevita-

blemente a la aniquilación de una explotación pesquera, y, es muy importante, no de la especie.

En la actualidad, la tónica que define la situación de la explotación pesquera mundial es de una sobreexplotación generalizada. Las antiguas y ricas zonas pesqueras del Atlántico noroccidental cuyo objetivo prioritario era el bacalao están prácticamente agotadas. Las importantes pesquerías de anchoveta peruana han disminuido prácticamente a la mitad de su máximo histórico. Las grandes pesquerías de sardina del Cabo se encuentran en su más bajo nivel sin que den señales de recuperación. Así podrían citar-

se casi todas las grandes zonas de pesca y las especies más importantes. Esta situación, apoyada por las nuevas tecnologías, ha permitido explorar y rápidamente explotar nuevas áreas, más alejadas, otras situadas en zonas inhóspitas y, finalmente, cada vez a mayor profundidad. La explotación del krill, muy abundante en las aguas antárticas, pareció concebir interesantes esperanzas para sustanciales aumentos de las capturas, que llevan muchos años estancadas alrededor o algo por encima de los 100 millones de toneladas anuales.

Si la situación tal como se ha descrito conduce a un pesimismo grave, la esperanza debe buscarse en el adecuado comportamiento en lo que se refiere al futuro de la explotación pesquera. Hay que preguntarse: ¿está todo perdido? Creemos que la respuesta ha de ser negativa. Hay motivos para confiar en la posibilidad de cierta recuperación biológica. Los ecosistemas tienden a recuperarse siempre que se les permita desarrollar sus propias estrategias. Es evidente que no siempre su recuperación conducirá a la existencia de una estructura igual a la anterior; pueden acaecer cambios en su diversidad biótica, y quizás las nuevas especies no tengan el mismo interés que las anteriormente explotadas. El peligro es la enorme presión que ejerce el factor socioeconómico, que, en la mayoría de los casos, impide el tiempo de reposo necesario para permitir la posible recuperación. Si en la explotación de cualquier pesquería se pone en práctica el llamado "principio precautorio" —que significa extraer siempre menos de lo que un teórico, y generalmente no seguro, máximo rendimiento sostenible podría suponer—, una paulatina recuperación, o al menos la parada en la continua degradación del ecosistema, es posible, y da lugar a la antes señalada capacidad de recuperación natural del medio marino.●

OPINIÓN: JOSÉ JUAN CASTRO HERNÁNDEZ

Incierta capacidad de regeneración del mar

Entre 1955 y 1970 la captura mundial total pasó de 30 millones de toneladas a más de 70, aumentando un 1% anual hasta los 86 millones de toneladas en el 2001, en una expansión de la mayoría de las pesquerías. En el Atlántico Norte, entre 1950 y 1960, la captura aumentó un 6% anual, cayendo progresivamente en un 2% a partir de 1970 hasta la década de 1990. En general, se considera que una pesquería industrial reduce la biomasa de la comunidad en un 80% en tan sólo 15 años de explotación. Por ello, no es de extrañar que la mayoría de las especies estén sobreexplotadas, especialmente los grandes peces predadores, cuya biomasa actual es sólo un 10% de la que existía en el periodo preindustrial, con serias consecuencias en toda la estructura de las comunidades marinas (cascada trófica).

Sin embargo, está muy implantada la idea de que el mar aún tiene capacidad de regenerar las poblaciones, siempre que se controle la explotación y se permita la recuperación de los caladeros. También es cierto, a pesar de las evidencias del empobrecimiento progresivo de los océanos, que nadie ha sido capaz de establecer el límite a partir del cual no habría posibilidad de retorno a una situación previa de abundancia y biodiversidad. Pero para establecer la restauración se ha de conocer necesariamente la composición y abundancia de las comunidades no explotadas en relación con las contemporáneas, información que desgraciadamente se desconoce para la mayoría de los ecosistemas por falta de series históricas.

La única forma eficaz que se posee para recuperar los ecosistemas y, con ello, los stocks pesqueros, es la implantación de áreas marinas protegidas (AMP), de forma que sea el mar por sí solo el que reestablezca los equilibrios biológicos que se debieron dar en situaciones previas a la explotación. Sin embargo, el establecimiento de AMP no es más que un reconocimiento claro de la ineficacia del resto de los métodos utilizados en gestión pesquera (ya sea por la propia inexactitud e incertidumbre introducida por los modelos y datos disponibles como por el insuficiente peso de las recomendaciones científicas durante las negociaciones políticas). Y aun reconociendo la alarmante situación de los ecosistemas marinos y el recurrente fracaso para alcanzar una explotación sostenible, en el Atlántico Norte las AMP representan menos de un 0,5% del área total.

¿Son eficaces las AMP para la autorregeneración de los ecosistemas marinos? En una hipotética situación de no explotación, los ecosistemas tienden a establecer equilibrios condicionados por la capacidad de carga natural del medio (incluyendo la variabilidad climática), las especies y sus respectivas biomasa en el momento de partida, así como de las interacciones que se establezcan entre ellas. El tiempo necesario para alcanzar el equilibrio es muy variable, incluso ante situaciones aparentemente similares. Además, en el equilibrio algunas especies pueden desaparecer del ecosistema, aun sin pesca (hay ejemplos de poblaciones muy entrecidas donde la predación natural ha sido causa suficiente para la extinción). Por ello, es muy probable que los equilibrios que se alcancen no sean idénticos a los de partida (antes de la pesca), y las biomasa desarrolladas por las especies sean muy diferentes a las iniciales.

Pese a todo, parece que las AMP funcionan, aunque su extremada juventud, con series de datos muy cortas en el tiempo, no nos permite evaluar todavía hasta qué punto su implantación es eficaz en la regeneración de los stocks y alcanzar la explotación sostenible de éstos. Lo que sí es evidente es que las cortas miras económicas de los gobiernos, defendiendo sectores pesqueros mayoritariamente sobredimensionados, no rentables y ecológicamente insostenibles, son el mayor, por no decir el único, obstáculo para la regeneración, y posterior explotación razonable, de los ecosistemas marinos.●

JOSÉ JUAN CASTRO, facultad de Ciencias del Mar, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

ILUSTRACIONES: RAÚL